

Luis Galdames

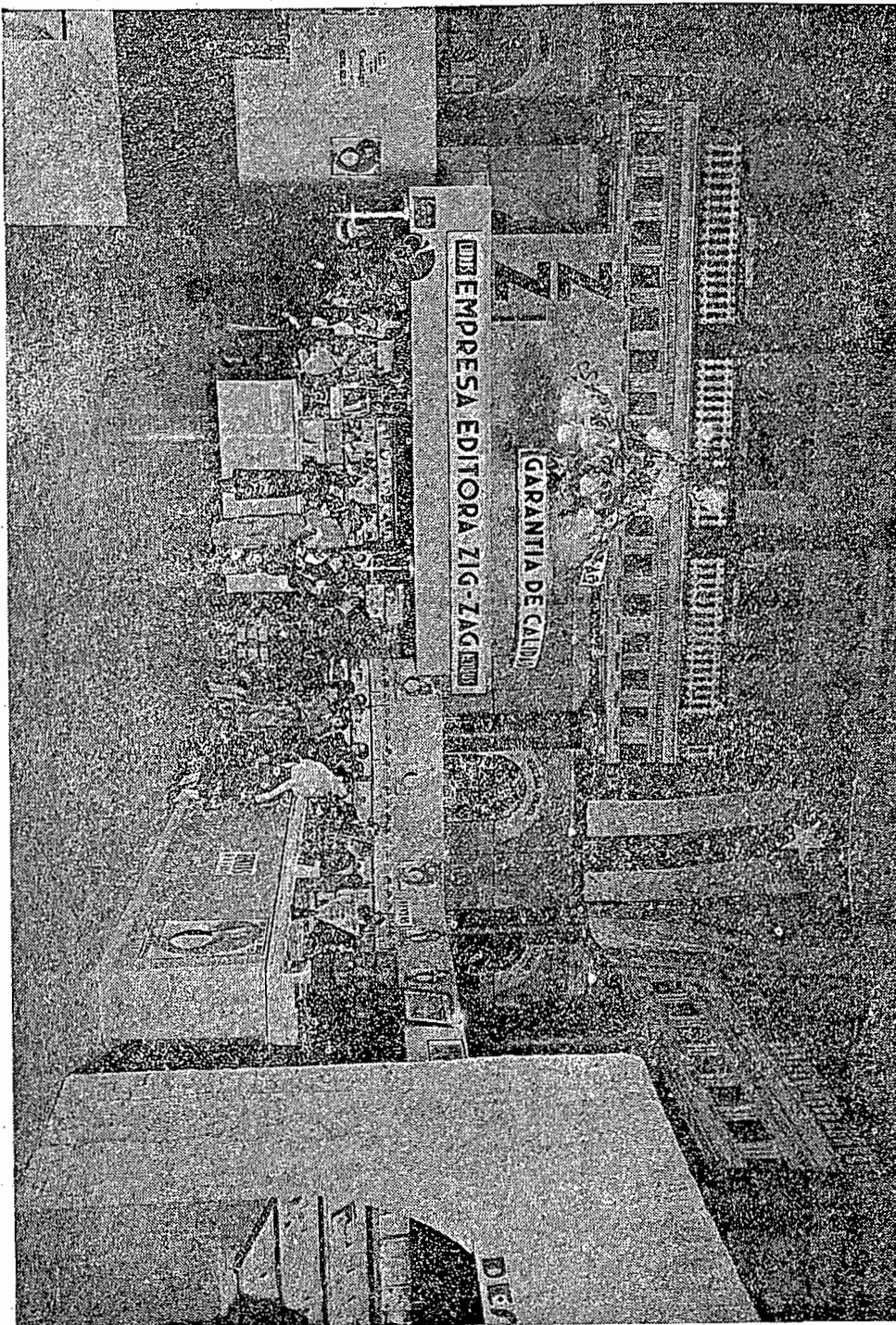
Literatura centroamericana

Señoras y señores:

Bajo el cielo de Centro América los astros tienen un brillo singular. El aire es siempre tibio, huracanado a veces; y las lluvias se descargan en medio de relámpagos y truenos. A menudo el rayo zigzaguea entre los nubarrones que cubren las montañas; y entonces, ningún espectáculo es más imponente. La naturaleza vibra en las alturas con el mismo poder con que en llanos y quebradas hace brotar la selva y el plántío.

Todo allí es exhuberancia y opulencia. Hasta en los rostros humanos se advierten el vigor y la inquietud. Hay innumerables ojos que fulgulan y miradas que quemaran. La vitalidad del suelo parece transmitirse a las almas. El juego de la imaginación es más fácil y libre que bajo otros climas; la expresión abunda en imágenes; y con poco que la cultura prenda, la poesía del paisaje halla en cada espíritu un intérprete. Allí es cierto que se nace poeta, ya para aprisionar la belleza en una frase estilizada, ya para comprender y amar toda belleza.

No cabe por eso, en un cuadro de escasas dimensiones, el rico parnaso de cada una de las cinco Repúblicas que estrechan los dos grandes océanos y que en común llamamos América Central. Si hubiéramos de citar muchos nombres, siempre ocurriríamos en omisiones ingratas. Me parece que fué Menéndez y Pelayo quien alguna vez dijo, refiriéndose a la «Guirnalda Poética» de uno de esos países, que eran muchos bardos para tan poca tierra. Y es cierto que la dificultad está en elegir,



Al frente, vista del Stand de la Editorial «Zig-Zag»; a la derecha, el Stand de la Editorial «Nacimiento».

aun cuando podamos tener preferencias, conforme a nuestro sentido personal del arte.

Además, no toda la literatura se contiene en el verso. Hay otros géneros de expresión literaria que también han tenido brillantes cultores en aquellas Repúblicas, como el cuento y la novela, la sátira o la crónica, y sobre todo, la leyenda tradicionalista, inspirada en la existencia, ya batalladora, ya idílica de las razas autóctonas que la civilización europea ha extinguido o que están en vías de extinguirse.

Hay todavía una vasta producción colonial de tonalidades piadosas, que en nada desmerece de la que ostentan los antiguos centros virreinales de México o del Perú. Frailes y monjas escribieron entonces, dentro de sus claustros, animados por la contemplación de aquella naturaleza majestuosa.

Tampoco me propongo exhibir sus nombres y sus obras. Voy sólo a recordar unas cuantas de las figuras ya históricas, que ligan a Chile con las Repúblicas centroamericanas. La primera de esas figuras es la de Antonio José de Irisarri, el gran guatemalteco, grande así por sus amores como por sus odios, que allá en el albor de nuestra independencia empezó, con sus colaboraciones a *La Aurora* y a otros periódicos, su carrera de insigne libelista y poeta.

Fué Irisarri una personalidad americana que actuó, como se sabe, en casi todo el continente hispano, incluso en su propio país, con carácter definido y vigoroso; pero se formó en Chile, en Chile constituyó su hogar y a Chile pertenece la lírica verba de su hijo, Hermógenes de Irisarri.

Nadie ignora que en las últimas décadas de la pasada centuria, de Chile partió en vuelo por el mundo el águila del modernismo, de quien se ha dicho con razón que llegó a ser en su tiempo el primero de los portalaras del habla castellana. Fué en Valparaíso, junto a las bodegas y en medio de fardos trashumantes, donde Rubén Darío concibió el *Azul*, que publicó allí mismo, con aquella inimitable «Canción del Oro. No ha tenido Nicaragua un hijo que le haya hecho más honor a su tierra de lagos y vergeles.

En Chile publicó sus primeras estrofas el costarricense Roberto Brenes Mesén y en Chile se formó maestro el que había de ser uno de los más representativos escritores de su país. Y Joaquín García Monge, el tenaz y exquisito editor del «Repertorio Americano», entre nosotros completó también su cultura; y nos consta que tiene a Chile por su segunda patria.

A Santiago acaba de venir desde Costa Rica, a editar su cosecha lírica de primavera, Max Jiménez; y su libro *Revenar* es bello, tanto por su forma cuanto por su contenido. Y no seguiré recordando otros nombres que nos vinculan asimismo espiritualmente, a los países nombrados, como a El Salvador y a Honduras.

Algunos de nuestros poetas y novelistas tienen por allá también sus círculos de admiradores. Pezoa Véliz, Magallanes Moure, Carlos Mondaca, Pedro Prado, Mariano Latorre, y otros, son acaso tan apreciados en aquellas Repúblicas como entre nosotros mismos. Se les recita, se les comenta y hasta se les imita.

Bien se comprende que no hacemos estas referencias por vano prurito nacional. Las hacemos para mostrar cómo desde los principios de la era republicana, una corriente de relaciones espirituales ha existido entre nuestro país y los Estados centro-americanos y cómo esa corriente tiende a ser cada vez más activa y más prometedora en vinculaciones de todo orden.

Como la Grecia antigua sobre el Asia, la España del siglo XVI extendió con los conquistadores su lengua y su cultura sobre América. A través de cuatro siglos, esa obra se mantiene en pie y constituye un permanente lazo de unión entre todas las naciones de la misma estirpe, unión que se manifiesta con modalidades propias en la comunidad del idioma de Garcilaso y de Cervantes; unión en la cual a Chile le ha cabido la suerte de cooperar con eficacia.

Las circunstancias casuales que han favorecido esa cooperación, se tornan ahora en persistentes y deliberadas; porque hemos adquirido la conciencia de que la América Hispánica no es más que una sola y gran nación, por los orígenes, por los intereses, por las aspiraciones y por los destinos comunes de todos sus Estados.

Esta misma Exposición del Libro Americano y Español, no ha obedecido en el fondo a otro propósito que a estrechar más esas vinculaciones, con la oportunidad de conocerse mejor mediante el intercambio de las creaciones del espíritu; de ese espíritu que tanto en la América Central como en la del Norte y en la del Sur habrá de enaltecernos, rindiendo honrado tributo a la concordia humana.